

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 2 (2.801)

Ciudad del Vaticano

13 de enero de 2023

## Al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede



Ninguna paz  
es posible sin  
desarme integral

## La oración en el vídeo mensual Por los educadores maestros de fraternidad

«Quiero proponer a los educadores que añadan un nuevo contenido en la enseñanza: la fraternidad»: es con una ferviente invitación que Francisco relanza su compromiso con «los educadores», como intención para el mes de enero, en el vídeo mensual difundido por la Red Mundial de Oración del Papa.

La breve grabación inicia con imágenes de la vida cotidiana durante las lecciones en clase. Escenas de profesores y de estudiantes que se intercambian preguntas y respuestas, cuando en una pizarra aparece la palabra «Fraternidad».

Explica el Pontífice que «la educación es un acto de amor que ilumina el camino para que recuperemos el sentido de la fraternidad, para que no ignoremos a los más vulnerables».

En este sentido, «el educador es un testigo que no entrega sus conocimientos mentales, sino sus convicciones, su compromiso con la vida».

El vídeo presenta después un grupo de muchachos que están jugando al fútbol. De repente el balón cae sobre uno de ellos que está sentado en un banco: intenta unirse al juego, pero sus compañeros se niegan a involucrarlo. Una gran tristeza envuelve al niño, que se siente excluido. En ese momento interviene un profesor que se toma muy en serio su situación y le enseña a jugar al fútbol. Con buena voluntad y paciencia, el educador trabaja para que aprenda las técnicas y trucos del juego, tanto que una vez incluido en el equipo consigue marcar un gol.

Finalmente, las palabras del Papa Francisco reiteran el valor de la fraternidad y el rol del educador: «uno que sabe manejar bien los tres lenguajes: el de la cabeza, el del corazón y el de las manos, armonizados. Y de ahí la alegría de comunicar».

Ese profesor ha ofrecido una oportunidad de redención y emancipación favoreciendo la inclusión. El Papa concluye: «y ellos serán escuchados mucho más atentamente y serán creadores de comunidad. ¿Por qué? Porque están sembrando este testimonio».

De aquí la invitación a tener la valentía de cambiar. Y también de rezar «para que los educadores sean testigos creíbles, enseñando la fraternidad en lugar de la confrontación y ayudando especialmente a los jóvenes más vulnerables».

Para el jesuita Frédéric Fornos, director internacional de la Red mundial de oración del Papa, «una vez más, frente a los desafíos del mundo, el Papa Francisco vuelve a insistir sobre la fraternidad». Es la brújula de su encíclica *Fratelli Tutti*, subraya el religioso. «Es el único camino para la humanidad – señala – por eso la educación es esencial». El Pontífice «confía en educadores 'que sean testigos creíbles', que puedan enseñar la fraternidad». Según Fornos «Cuando miramos a Jesús aprendemos que solo se comunica y transmite a los demás lo que uno vive». Esto requiere «coherencia de vida entre lo que uno dice y lo que hace. Es una gracia, por eso nos invita a rezar para recibirla».

Difundido a través de la página web [www.thepopevideo.org](http://www.thepopevideo.org), la grabación traducida en 23 lenguas ha sido creada y producida por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

## Constitución apostólica del Papa Francisco «In Ecclesiarum Communione»

Informamos a nuestros lectores que en el próximo número publicaremos un artículo sobre la Constitución apostólica del Papa Francisco *In Ecclesiarum Communione* sobre el ordenamiento del Vicariato de Roma

La homilía del Papa en la misa por la solemnidad de la Epifanía

De la inquietud a la adoración:  
el camino de la fe de los Magos

PÁGINA 2

Mensaje para la Jornada mundial del enfermo que se celebra el 11 de febrero

La compasión como ejercicio  
sinodal de sanación

PÁGINA 6

El Papa a los participantes del encuentro «Rome Call»

La vida de un hombre  
no puede ser confiada  
a un algoritmo

PÁGINA 7

La homilía del Papa en la misa por la solemnidad de la Epifanía

# De la inquietud a la adoración: el camino de la fe de los Magos

Jesús es «la estrella radiante de la mañana» dijo el Papa Francisco presidiendo la Eucaristía, en la basílica vaticana, la mañana del pasado 6 de enero, solemnidad de la Epifanía del Señor. Todo habla de la alegría y de luz en el día en el que se recuerda la adoración de los Magos y es anunciada la fecha de la Pascua, este año se celebra el 9 de abril. De la Pascua surgen todos los días santos: las Cenizas, inicio de la Cuaresma, el 22 de febrero; la Ascensión del Señor, el 18 de mayo (en Italia se celebra el 21 de mayo); Pentecostés, el 28 de mayo; el primer domingo de Adviento, el 3 de diciembre. La primera lectura fue proclamada en inglés, el salmo en italiano por un cantor de la Capilla Sixtina, la segunda lectura en español. En italiano se leyó también el pasaje evangélico. En la oración de los fieles se elevaron intenciones en suajili, por la Iglesia; en francés, por todos los pueblos de la tierra; en árabe, por los que sufren; en alemán, por los que buscan la verdad; en chino, por todos los presentes y por sus comunidades. Durante la comunión

fue entonado el tradicional canto navideño «Astro del cielo». Al finalizar la celebración, después de la bendición, fue cantada la antifona «Alma Redemptoris Mater». Con el Pontífice concelebraron veintiséis cardenales: en el momento de la oración eucarística se acercaron al altar el celebrante Luis Antonio Tagle, con Giovanni Battista Re, decano del Colegio cardenalicio, y Francis Arinze. También concelebraron veinte preladados -entre los cuales los arzobispos Edgar Peña Parra, sustituto de la Secretaría de Estado, y Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales- y cerca de doscientos cincuenta sacerdotes. El servicio de los ministrantes fue presentado por el Pontificio colegio urbano De Propaganda Fide. Los cantos fueron entonados por el coro de la Capilla Sixtina dirigido por el maestro Marcos Pavan, acompañado por el coro guía y del coro de la Madeleine Cathedral Salt Lake City, en Estados Unidos de América.

Jesús, como una estrella que se eleva (cf. Nm 24,17), viene a iluminar a todos los pueblos y a alumbrar las noches de la humanidad. Junto con los Magos, hoy también nosotros, alzando la mirada al cielo, nos preguntamos: «¿Dónde está el [...] que acaba de nacer?» (Mt 2,2). Es decir, ¿cuál es el lugar en el que podemos encontrar a nuestro Señor? De la experiencia de los Magos, comprendemos que el primer «lugar» donde Él quiere ser buscado es en la inquietud de las preguntas. La fascinante aventura de estos sabios de Oriente nos enseña que la fe no nace de nues-

tros méritos o de razonamientos teóricos, sino que es don de Dios. Su gracia nos ayuda a despertarnos de la apatía y a hacer espacio a las preguntas importantes de la vida, preguntas que nos hacen salir de la presunción de estar bien y nos abren a aquello que nos supera. Lo que vemos en los Magos, al comienzo, es esto: la inquietud de quien se interroga. Llenos de una ardiente nostalgia de infinito, escrutan el cielo y se dejan asombrar por el fulgor de una estrella, representando así la tensión hacia lo trascendente, que anima el camino de la civilización y la búsqueda

da incesante de nuestro corazón. De hecho, aquella estrella deja en sus corazones precisamente una pregunta: ¿Dónde está el que acaba de nacer? Hermanos y hermanas, el camino de la fe comienza cuando, con la gracia de Dios, damos espacio a la inquietud que nos mantiene despiertos; cuando nos dejamos interrogar, cuando no nos conformamos con la tranquilidad de nuestros hábitos, sino que nos la jugamos, nos arriesgamos en los desafíos de cada día; cuando dejamos de mantenernos en un espacio neutral y nos decidimos a vivir en los espacios incómodos de la vida, hechos de relaciones con los demás, de sorpresas, de imprevistos, de proyectos que sacar adelante, de sueños que realizar, de miedos que afrontar, de sufrimientos que hieren la carne. Es en estos momentos que surgen de nuestro corazón las preguntas irreprimibles, que nos abren a la búsqueda de Dios: ¿Dónde está la felicidad para mí? ¿Dónde está la vida plena a la que aspiro? ¿Dónde se encuentra ese amor que no pasa, que no tiene ocaso, que no se rompe ni siquiera ante la fragilidad, los fracasos o las traiciones? ¿Cuáles son las oportunidades escondidas dentro de mis crisis y mis sufrimientos?

Pero sucede que el clima que respiramos cada día ofrece «tranquilizantes del alma», sustitutos para sedar, para sedar nuestra inquietud y apagar esas preguntas, desde los productos del consumismo a las seducciones del placer, desde los debates sensacionalistas hasta la idolatría del bienestar; todo parece decirnos: no pienses mucho, deja que pasen, disfruta la vida. Frecuentemente buscamos acomodar el corazón en la caja fuerte de la comodidad —acomodar el corazón en la caja fuerte de la comodidad—, pero si los Magos hubiesen hecho esto no habrían encontrado nunca al Señor. Este es el peligro, sedar el corazón, sedar el alma para que ya no haya inquietud. Dios, sin embargo, vive en nuestras preguntas inquietas; en ellas nosotros «lo buscamos como la noche busca a la aurora [...]». Él está en el silencio que nos turba ante la muerte y al final de toda grandeza humana; está en la necesidad de justicia y de amor que llevamos dentro; es el Misterio santo del Totalmente Otro, nos-



ta de justicia perfecta y consumada, de reconciliación, de paz» (C.M. Martini, El jardín interior. Un camino para creyentes y no creyentes, Santander 2017, 26). Por tanto, este es el primer lugar: la inquietud de las preguntas. No tengamos miedo de entrar en esta inquietud de las preguntas, son precisamente los caminos que nos llevan a Jesús. El segundo lugar donde podemos encontrar al Señor es el riesgo del camino. Los interrogantes, incluso espirituales, si no nos ponemos en camino, si no dirigimos nuestro movimiento interior hacia el rostro de Dios y la belleza de su Palabra, pueden inducirnos a la frustración y a la desolación. El peregrinar de los Magos. «Su peregrinación exterior —ha dicho Benedicto XVI— era expresión de su estar interiormente en camino, de la peregrinación interior de sus corazones» (Homilía en la Epifanía del Señor, 6 enero 2013). Los Magos, en

ra desconocida— hasta los Magos —que siguieron una estrella—, la fe es un camino, la fe es una peregrinación, la fe es una historia en la que hay que comenzar siempre de nuevo. No lo olvidemos nunca, la fe es un camino, una peregrinación, una historia que comienza y recomienza siempre. Recordemos esto: la fe, si permanece estática, no crece; no podemos reducirla a una mera devoción personal o confinarla entre los muros de los templos, sino que es necesario manifestarla, vivirla marchando de forma constante hacia Dios y hacia los hermanos. Preguntémoslos hoy: ¿Estoy en camino hacia el Señor de la vida, para que sea el Señor de mi vida? ¿Jesús, quién eres para mí? ¿Dónde quieres que vaya, qué es lo que me pides? ¿Cuáles son las decisiones que me estás invitando a tomar en favor de los demás? Finalmente, después de la inquietud de las preguntas y el riesgo del camino, el tercer lugar donde hallamos al Señor es el asombro de la adoración. Al final de un largo viaje y de una fatigosa búsqueda, los Magos entraron en la casa, «encontraron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11). Este es el punto decisivo. Nuestras inquietudes, nuestras preguntas, los caminos espirituales y las prácticas de la fe deben converger en la adoración del Señor. Allí encuentran la fuente esencial de la

zar en los riesgos del camino. Hoy el Señor nos invita a hacer como los Magos. Como los Magos, postrémonos, rindámonos ante Dios en el asombro de la adoración. Adoremos a Dios y no a nuestro yo; adoremos a Dios y no a los falsos ídolos que nos seducen con la fascinación del prestigio y del poder, con la fascinación de las falsas noticias; adoremos a Dios para no inclinarnos ante las cosas que pasan ni ante las lógicas seductoras y vacías del mal. Hermanos, hermanas, ¡abramos el corazón a la inquietud, pidámos el valor para avanzar en el camino y finalicemos en la adoración! No tengamos miedo, es el recorrido de los Magos, es el recorrido de todos los santos de la historia: recibir las inquietudes, ponerse en camino y adorar. Hermanos y hermanas, no dejemos que se apague en nosotros la inquietud de las preguntas, no detengamos nuestro caminar cediendo a la apatía o a la comodidad; y rindámonos, encontrándonos con el Señor, al asombro de la adoración.

Entonces descubriremos que una luz ilumina también las noches más oscuras, es Jesús, es la estrella radiante de la mañana, el sol de justicia, el fulgor misericordioso de Dios, que ama a todos los hombres y a todos los pueblos de la tierra.



realidad, no se detuvieron a mirar el cielo o a contemplar la luz de la estrella, sino que se aventuraron en un viaje arriesgado, que no preveía caminos seguros ni mapas definidos con antelación. Querían descubrir quién era el Rey de los Judíos, dónde había nacido, dónde podían encontrarlo. Por esto preguntaron a Herodes, quien a su vez convocó a los jefes del pueblo y a los escribas que examinaban las Escrituras. Los Magos estaban en camino; la mayor parte de los verbos que describen sus acciones son verbos de movimiento. Lo mismo sucede con nuestra fe, sin un camino continuo y un diálogo constante con el Señor, sin la escucha de la Palabra, sin la perseverancia, no se puede crecer. Una mera noción de Dios y alguna oración que calma la conciencia no son suficientes; es necesario hacerse discípulos que sigan a Jesús y su Evangelio, hablarlo todo con Él en la oración, buscarlo en las situaciones cotidianas y en el rostro de los hermanos. Desde Abrahán —que se puso en camino hacia una tie-

que todo nace, porque es el Señor quien suscita en nosotros el sentir, el actuar y el obrar. Todo nace y todo culmina allí, porque el final de cada cosa no es alcanzar una meta personal y recibir gloria para nosotros mismos, sino encontrar a Dios y dejarnos abrazar por su amor, que es lo que da fundamento a nuestra esperanza, nos libra del mal, nos abre al amor a los demás y nos hace personas capaces de construir un mundo más justo y más fraterno. De nada sirve activarnos pastoralmente si no ponemos a Jesús en el centro y lo adoramos. El asombro de la adoración. Allí aprendemos a estar delante de Dios no tanto para pedir o para hacer algo, sino sólo para permanecer en silencio y abandonarnos a su amor, para dejarnos aferrar y regenerar por su misericordia. Nosotros muchas veces rezamos, pedimos cosas, reflexionamos, pero por lo general nos falta la oración de adoración. Hemos perdido el sentido de adorar, porque hemos perdido la inquietud de las preguntas y la valentía de avan-

## El pésame por la muerte del cardenal Pell. Siervo fiel también en la hora de la prueba

Publicamos a continuación el telegrama que el Papa Francisco envió al conocer la noticia sobre el fallecimiento del cardenal Pell. El sábado 14 de enero, a las 11:30 en el Altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro, tendrán lugar las exequias del cardenal George Pell, arzobispo emérito de Sydney y prefecto emérito de la Secretaría para las Asuntos Económicos.



Al conocer la noticia de la muerte del cardenal Pell, el Papa Francisco envió al decano del colegio cardenalicio, Giovanni Battista Re, el siguiente telegrama de pésame. He recibido con tristeza la noticia de la partida del cardenal George Pell, prefecto emérito de la Secretaría de Asuntos Económicos. Quiero expresar a usted y al colegio cardenalicio, de forma especial al querido hermano David y a los demás familiares, mi cercanía. Acojo sentimientos de viva condolencia, recordando con ánimo agradecido su testimonio coherente y comprometido, su dedicación al Evangelio y a la Iglesia, y en particular la sólida colaboración prestada a la Santa Sede en el contexto de su reciente reforma económica, de la cual sentó las bases con determinación y sabiduría.

Elevo oraciones de sufragio para que este siervo fiel, que sin vacilar ha seguido con perseverancia a su Señor también en la hora de la prueba, sea acogido en el gozo del Cielo y reciba el premio de la paz eterna.

Envío mi bendición a usted, a la familia del fallecido purificado y a los que comparten el dolor por su desaparición.

FRANCISCO

Desde el Vaticano, 11 de enero de 2023

### L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniquae suae Non procreantur

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.ort@spcva  
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI  
Director editorial

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:  
teléfono +39 06 698 45793/45794  
fax +39 06 698 84998  
e-mail: pubblicazioni.photo@spcva  
www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:  
Il Sole 24 Ore S.p.A.

System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano  
segreteria@redazione.osservatoreromano.va

En México: Arquidiócesis primada de México.  
Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.  
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.  
Del. Tlalpan. México, D.F.;  
teléfono + 52 55 2652 99 55  
fax + 52 55 5318 75 32  
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,  
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú  
teléfono + 51 42 357 82  
fax + 51 431 67 82  
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

El deseo del Pontífice en el Ángelus de la Epifanía

# Una Navidad de paz para Ucrania

«*Recemos mucho por Ucrania y por la paz*»: un nuevo sentido llamamiento por la nación europea martirizada por la guerra fue lanzado por el Papa Francisco en el Ángelus del viernes 6 de enero, vigilia de la Navidad celebrada en las Iglesias orientales, tanto católicas como ortodoxas. Asomándose a medio día a la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de recitar la oración mariana en la solemnidad de la Epifanía del Señor, el Pontífice ofreció a los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a los que le seguían a través de los medios una meditación sobre los Magos. Estas son sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz fiesta!

Hoy, solemnidad de la Epifanía, el Evangelio nos habla de los Magos que, al llegar a Belén, abren sus cofres y ofrecen a Jesús oro, incienso y mirra (cf. Mt 2,11). Estos sabios de Oriente son famosos por los regalos que hicieron; pero pensando en su historia, podríamos decir que, ante todo, reciben tres dones: han recibido tres dones, tres preciosos dones que también nos conciernen a nosotros. Traen oro, incienso y mirra, pero ¿qué dones recibieron?

El primero es el don de la llamada. Los Magos no la intuyeron leyendo las Escrituras o a través de una visión de ángeles, sino que la sintieron mientras estudiaban las estrellas. Esto nos dice algo importante:

Dios nos llama a través de nuestros mayores deseos y aspiraciones. Los Magos se dejaron asombrar e incomodar por la novedad de la estrella y se pusieron en camino hacia lo que no conocían. En cuanto hombres cultos y sabios, les fascinaba más lo que no sabían que lo que ya sabían: se abrieron a lo que no conocían. Se sintieron llamados a ir más allá, no se sintieron felices quedándose donde estaban, sino sintiéndose llamar a ir más allá. Esto también es importante para nosotros: estamos llamados a no contentarnos, a buscar al Señor saliendo de nuestra comodidad, caminando hacia Él con los demás, sumergiéndonos en la realidad. Porque Dios llama cada día, aquí y hoy. Dios nos llama, llama a cada uno, cada día, nos llama aquí y nos llama ahora, en nuestro mundo.

Pero los Magos nos hablan luego de un segundo don: el discernimiento. Como buscan un rey, van a Jerusalén para hablar con el rey Herodes, quien, sin embargo, es un hombre ávido de poder y quiere utilizarlos para eliminar al Mesías niño. Pero los Magos no se dejan engañar por Herodes. Saben distinguir entre la meta del viaje y las tentaciones que encuentran en el camino. Podían haberse quedado tranquilos en la corte de Herodes, pero siguen adelante. Abandonan el palacio de Herodes y, atentos a los signos de Dios,



ya no pasarán por allí, sino que volverán por otro camino (cf. v. 12). ¡Qué importante, hermanos y hermanas, es saber distinguir la meta de la vida de las tentaciones del camino! Una cosa es la meta de la vida, otra las tentaciones del camino. ¡Saber renunciar a lo que seduce, pero lleva por mal camino, para comprender y elegir los caminos de Dios! El discernimiento es un gran don, y nunca hay que cansarse de pedirlo en la oración. ¡Pidamos esta gracia! Señor, danos la capacidad de discernir el bien del mal, lo mejor de lo que no es mejor.

Por último, los Reyes Magos nos hablan de un tercer don: la sorpresa. Tras un largo viaje, ¿qué encuentran estos hombres de alta posición social? Un niño con su madre (cf. v. 11): una escena ciertamente tierna, pero no asombrosa. No ven ángeles como los pastores, sino que encuentran a Dios en la pobreza. Tal vez esperaban un Mesías poderoso y prodigioso, y se encuentran con un

niño. Sin embargo, no creen haberse equivocado, saben reconocerlo. Acogen la sorpresa de Dios y viven llenos de asombro su encuentro con Él, adorándole: en la pequeñez reconocen el rostro de Dios. Humanamente todos estamos inclinados a buscar la grandeza, pero es un don saber encontrarla de verdad: saber encontrar la grandeza en la pequeñez que Dios tanto ama. Porque así es como se encuentra al Señor: en la humildad, en el silencio, en la adoración, en los pequeños, en los pobres. Hermanos y hermanas, todos somos llamados —primer don: la llamada— por Jesús; todos podemos discernir —segundo don: el discernimiento— su presencia; todos podemos experimentar sus sorpresas —tercer don: la sorpresa—. Hoy sería bueno recordar estos dones: la llamada, el discernimiento y la sorpresa, dones que ya hemos recibido: recordar cuándo sentimos una llamada de Dios en nuestra vida; o cuándo, quizá después de

mucho esfuerzo, fuimos capaces de discernir su voz; o también, en una sorpresa involuntaria que Él nos ha dado, asombrándonos. Que la Virgen nos ayude a recordar y custodiar los dones recibidos.

Después del Ángelus el Papa felicitó a las Iglesias orientales por la Navidad y dio las gracias a los que en la Epifanía se han unido con oraciones y ofrendas a la Jornada Mundial de la Infancia Misionera. Finalmente saludó a los participantes del desfile histórico-folclórico "Viva la Befana" —que volvió a celebrarse de forma presencial desde vía de la Conciliación a plaza de San Pedro después de dos años de pausa forzada por la pandemia— y a los de "Reyes Magos", a los cuales en toda Polonia, en las calles de ciudades y pueblos, se han unido un millón y medio de personas, con numerosas madres ucranianas y sus niños que huyen del conflicto.

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso de corazón mis mejores deseos a las comunidades de las Iglesias Orientales, tanto católicas como ortodoxas, que mañana celebran la Navidad del Señor. Quisiera que llegara especialmente a los hermanos y hermanas del martirizado pueblo ucraniano. Que el nacimiento del Salvador infunda consuelo, infunda esperanza e inspire pasos concretos que puedan finalmente conducir al fin de los combates y a la paz. Recemos muchos por Ucrania y por la

paz. En la fiesta de la Epifanía se celebra la Jornada Mundial de la Infancia Misionera. Saludo a todos los niños y niñas, chicos y chicas que en todas las partes del mundo difunden la alegría de ser amigos de Jesús y se comprometen, con la oración, los sacrificios y las ofrendas, a sostener a los misioneros del Evangelio.

Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos de varios países. En particular, saludo a los participantes en la manifestación histórico-folclórica "Viva la Befana", organizada este año por el Ayuntamiento de Foligno sobre los temas de la paz, la solidaridad y la fraternidad entre los pueblos. Doy las gracias al alcalde y al obispo de Foligno, a las demás autoridades, asociaciones, escuelas, bandas de música y a todos los que dan vida a la histórica "Justa de la Quintana". Y extendiendo también mi saludo al "Cortejo de los Reyes Magos" que hoy tiene lugar en muchas ciudades y pueblos de Polonia.

Saludo a los confirmandos de Romano di Lombardia, de la Asociación de Solidaridad entre las Familias de Podenzano (diócesis de Piacenza), y a los amigos y voluntarios de la "Fraterna Domus". Y saludo a los chicos de la Inmaculada. Os deseo a todos una feliz fiesta. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

La celebración de los bautizos en la Capilla Sixtina

## La oración se aprende de niños

Lo primero que hay que enseñar a los niños es a rezar, porque «la oración será lo que les dará la fuerza durante toda la vida»: lo dijo el Papa Francisco a los padres de los 13 niños recién nacidos que recibieron el sacramento de la iniciación cristiana durante la misa presidida en la Capilla Sixtina el domingo por la mañana, 8 de enero.

Queridos padres, gracias por haber traído aquí a vuestros hijos, por haberles hecho entrar en la Iglesia. Y este es un día bueno, porque no olvidamos cuando fuimos bautizados. Es como un cumpleaños, porque el bautizo nos hace renacer a la vida cristiana. Por esto os aconsejo enseñar a vuestros hijos la fecha del bautismo, como un nuevo cumpleaños: que todos los años recuerden y den gracias a Dios por esta gracia de haberse hecho cristianos. Esta es una tarea que os aconsejo hacer.

Después, reflexionamos un poco sobre el hecho de que estos niños que vosotros lleváis ahora empiezan un camino, pero es a vosotros y a los padrinos que os corresponde ayudarles a ir adelante por este camino. Se nos enseña a rezar, de niños: que aprendan a rezar, como niños, al menos a hacer así con las manos, con los gestos... Que aprendan la oración, de niños, porque la oración será lo que les dará la fuerza durante toda la vida: en los momentos buenos, para

dar gracias a Dios, y en los momentos malos, para encontrar la fuerza. Es lo primero que debéis enseñar: rezar.

Y rezar también a la Virgen, que es la Madre, es nuestra Madre. Se dice que cuando alguien está enfadado con el señor, o se ha alejado, la Virgen siempre está cerca para dejarle paso para que pueda volver. Es un dicho. El Señor siempre está cerca de nosotros, pero la Virgen es la madre, y la madre está siempre más cerca que el padre. Siempre. ¿Por qué? Porque es así. Las madres son así, y esto es grande. Que aprendan a ser cristianos. Ahora están todos callados, y está bien. Pero quizá cuando alguno "dará el lá", empezará. Y como los niños son sinfónicos, todos irán detrás de este. Dejados gritar, dejados llorar. Quizá alguno llora de hambre: amantadles. Con toda libertad. Lo importante es que hoy esta celebración sea la fiesta, la fiesta del inicio de un bonito camino cristiano, en el cual vosotros ayudaréis a vuestros hijos a ir adelante. Quizá alguno está demasiado tapado y tiene calor: que estén cómodos, que todos estén cómodos.

Nosotros celebramos con ellos este inicio de camino. Y a vosotros toca ayudarles a ir adelante. Porque yo termino aquí, ¡pero vosotros toda la vida! Gracias por esta decisión de llevarlos al Bautismo. Y ahora seguimos la celebración.

En el Ángelus la invitación del Papa a la oración dominical

## Por las madres ucranianas y rusas que han perdido a los hijos en la guerra

Por las madres ucranianas y rusas que han perdido a los hijos a causa de la guerra: es la intención de oración que el Papa encomendó a los fieles presentes en la plaza de San Pedro —y a los que le seguían a través de los medios de comunicación— durante el Ángelus del domingo 8 de enero, fiesta del Bautismo del Señor. Antes, como es habitual, Francisco había introducido la oración mariana comentando el pasaje litúrgico del Evangelio de Mateo (3, 13-17).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la Fiesta del Bautismo del Señor y el Evangelio nos presenta una escena asombrosa: es la primera vez que Jesús aparece en público después de su vida oculta en Nazaret; llega a la orilla del río Jordán para que Juan lo bautice (Mt 3,13-17). Era un rito con el que la gente se arrepentía y se comprometía a convertirse; un himno litúrgico dice que el pueblo iba a bautizarse "desnuda el alma y desnudos los pies" —un alma abierta, desnuda, sin ocultar nada—, es decir, con humildad y con el corazón transparente. Pero, viendo que Jesús se mezcla con los pecadores, uno se queda sorprendido y se pregunta: ¿por qué Jesús tomó esta decisión? Él, que es el Santo de Dios, el Hijo de Dios sin pecado, ¿por qué tomó esa decisión? Encontramos la respuesta en las palabras que Jesús dirige a Juan: «Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia» (v. 15). Cumplir toda justicia: ¿Qué quiere decir? Haciendo que Juan le bautice, Jesús nos desvela la justicia de Dios, esa justicia que Él ha venido a traer al mundo. Muchas veces tenemos una idea limitada de la justicia, y pensamos que significa que el que se equivoca, paga, y así repara el mal que ha hecho. Pero la justicia de



Dios, como enseña la Escritura, es mucho más grande: no tiene como fin la condena del culpable, sino su salvación y su regeneración, volverlo justo: de injusto a justo. Es una justicia que proviene del amor, de esas entrañas de compasión y misericordia que son el corazón mismo de Dios, Padre que se conmueve cuando estamos oprimidos por el mal y caemos bajo el peso de los pecados y de las fragilidades. Así, la justicia de Dios no busca distribuir penas y castigos sino, como afirma el apóstol Pablo, consiste en hacernos justos a nosotros, sus hijos (cf. Rm 3,22-31), librándonos de las ataduras del mal, resanándonos, levantándonos. El Señor está siempre con la mano tendida para ayudarnos a levantarnos, no está nunca listo para castigarnos. Y entonces comprendemos que, en la orilla del Jordán, Jesús nos revela el sentido de su misión: Él ha venido para llevar a cabo la justicia divina, que es salvar a los pecadores; ha venido para tomar sobre sus hombros el pecado del mundo y descender a las aguas del abismo, de la muerte, con el fin de recuperarnos e impedir que nos ahogemos. Él nos muestra hoy que

la verdadera justicia de Dios es la misericordia que salva. Nos da miedo pensar que Dios es misericordia, pero Dios es misericordia, porque su justicia es la misericordia que salva, es el amor que compara nuestra condición humana, que se hace cercano, solidario con nuestro dolor, entrando en nuestras oscuridades para restablecer la luz.

Benedicto XVI afirmó que «Dios ha querido salvarnos yendo él mismo hasta el fondo del abismo de la muerte, con el fin de que todo hombre, incluso el que ha caído tan bajo que ya no ve el cielo, pueda encontrar la mano de Dios a la cual asirse a fin de subir desde las tinieblas y volver a ver la luz para la que ha sido creado» (Homilía, 13 de enero de 2008).

Hermanos y hermanas, tenemos miedo de pensar en un justicia tan misericordiosa, pero sigamos adelante, Dios es misericordia. Su justicia es misericordia. Dejemos que Él nos tome de la mano. También nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a ejercer de este modo la justicia en las relaciones con los demás, en la Iglesia, en la sociedad: no con la dureza de quien juzga y condena dividiendo las personas en buenas y malas, sino con la misericordia de quien acoge compartiendo las heridas y las fragilidades de las hermanas y de los hermanos para levantarlos. Quisiera decirlo así: no dividiendo, sino compartiendo. No dividir, sino compartir. Hagamos como Je-

## El Papa Francisco encuentra al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede

Renueva el llamamiento para que cese inmediatamente la guerra en Ucrania y reitera que el uso de las armas nucleares es inmoral

# Ninguna paz es posible sin un desarme integral

En la mañana del lunes 9 de enero, en el Aula de las Bendiciones, el Papa Francisco recibió en audiencia a los miembros del Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede para la tradicional presentación de las felicitaciones para el nuevo año. A continuación el discurso pronunciado por el Pontífice.

Eminencias, Excelencias, señoras y señores:

Les agradezco su presencia en nuestra tradicional cita, que este año desea ser una invocación por la paz en un mundo que ve cómo crecen las divisiones y las guerras.

Agradezco particularmente al Decano del Cuerpo Diplomático, Su Excelencia el señor Georges Poulides, los buenos deseos que me ha dirigido en nombre de todos ustedes. Mi saludo se extiende a cada uno, a sus familias, a los colaboradores y a los pueblos y los gobiernos de los países que representan. También deseo expresarles —a todos ustedes y a sus autoridades— mi gratitud por los mensajes de condolencia que han enviado con ocasión de la muerte del Papa emérito Benedicto XVI y por la cercanía manifestada durante las exequias.

Acabamos de concluir el tiempo de Navidad, en el que los cristianos hacen memoria del misterio del nacimiento del Hijo de Dios. El profeta Isaías lo había preanunciado con estas palabras: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: «Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz»» (Is 9,5).

Vuestra presencia afirma el valor de la paz y de la fraternidad humana, que el diálogo contribuye a construir. Por lo demás, la tarea de la diplomacia es precisamente la de allanar las divergencias para favorecer un clima de colaboración y confianza recíprocas para la satisfacción de las necesidades comunes. Se puede decir que esta es un ejercicio de humildad porque requiere sacrificar un poco de amor propio para entrar en relación con el otro, para comprender sus razones y puntos de vista, contraponiéndose así al orgullo y a la soberbia humana, causa de toda voluntad beligerante.

También quiero expresar mi reconocimiento por la atención que vuestros países dirigen a la Santa Sede, marcada, entre otras cosas, durante este último año, por la decisión de Suiza, de la República del Congo, de Mozambique y de Azerbaiyán de nombrar embajadores residentes en Roma, como también la firma de nuevos acuerdos bilaterales con la República Democrática de Santo Tomé y Príncipe y con la República de Kazajistán.

En esta sede, me gustaría recordar también que, en el contexto del diálogo respetuoso y constructivo, la Santa Sede y la República Popular China han acordado prorrogar por otro bienio la validez del Acuerdo Provisional sobre el nombramiento de los Obispos, estipulado en Pekín en 2018. Espero que esta relación de colaboración pueda desarrollarse en favor de la vida de la Iglesia católica y del bien del Pueblo chino.

Al mismo tiempo, les renuevo la certeza de la plena colaboración de la Secretaría de Estado y de los Dicasterios de la Curia Romana, la cual, con la promulgación de la nueva Constitución apostólica *Predicare Evangelium*, ha sido refor-

mada en algunas estructuras para un mejor desempeño, «con espíritu evangélico, trabajando por el bien y al servicio de la comunión, la unidad y la edificación de la Iglesia universal, y atendiendo a las exigencias del mundo en el que la Iglesia está llamada a cumplir su misión» [1].

Estimados embajadores:

Este año celebramos el sesenta aniversario de la Encíclica *Pacem in terris* de san Juan XXIII, publicada poco menos de dos meses antes de su muerte [2].

En los ojos del «Papa bueno» todavía estaba viva la amenaza de una guerra nuclear, provocada en octubre de 1962 por la así llamada crisis de los misiles de Cuba. La humanidad estaba a un paso de su propia extinción, si no hubiesen sido capaces de hacer prevalecer el diálogo, conscientes de los efectos destructivos de las armas atómicas.

Lamentablemente, la amenaza nuclear es evocada todavía hoy, arrojando al mundo en el miedo y la angustia. Debo reiterar en esta sede que la posesión de armas atómicas es inmoral porque —como observaba Juan XXIII— «si bien parece difícilmente creíble que haya hombres con suficiente osadía para tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y de la asoladora destrucción que acarrearía una guerra, resulta innegable, en cambio, que un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio bélico» [3]. Bajo la amenaza de las armas nucleares perdemos todos, ¡todos!

Desde este punto de vista, despierta una preocupación particular el estancamiento de las negociaciones acerca del reinicio del Plan de Acción Integral Conjunto, más conocido como Acuerdo sobre el programa nuclear iraní. Deseo que se pueda llegar cuanto antes a una solución concreta para garantizar un futuro más seguro.

Hoy está en curso la tercera guerra mundial de un mundo globalizado, en el que los conflictos parecen afectar directamente sólo a algunas áreas del planeta, pero que implican sustancialmente a todos. El ejemplo más cercano y reciente es precisamente la guerra en Ucrania, con su reguero de muerte y destrucción; con los ataques a las infraestructuras civiles que llevan a las personas a perder la vida no sólo a causa de las bombas y de la violencia, sino también del hambre y el frío. A este respecto, la Constitución conciliar *Gaudium et spes* afirma que «toda acción bélica que tienda indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (n. 80). No debemos olvidar, además, que la guerra golpea particularmente a las personas más frágiles —los niños, los ancianos, las personas discapacitadas— y lastima indeleblemente a las familias. Renuevo hoy mi llamado para que cese inmediatamente este conflicto insensato, cuyos efectos afectan a regiones enteras, incluso fuera de Europa, a causa de las repercusiones que esto tiene en el campo energético y en el ámbito de la producción de alimentos, sobre todo en África y en Oriente Medio.

La tercera guerra mundial a pedazos que estamos viviendo nos lleva a mirar otros escenarios de tensiones y conflictos. También este año, con mucho dolor, debemos mirar a Siria como a una

tierra atormentada. El resurgimiento del país debe pasar a través de las necesarias reformas, incluso constitucionales, en el tentativo de dar esperanza al pueblo sirio, afligido por una pobreza cada vez mayor, evitando que las sanciones internacionales impuestas tengan repercusiones sobre la vida cotidiana de una población que ya ha sufrido mucho.

La Santa Sede sigue también con preocupación el aumento de la violencia entre palestinos e israelíes, con las consecuencias dramáticas de un gran número de víctimas y de una desconfianza total y recíproca. Particularmente golpeada ha sido Jerusalén, ciudad santa para los judíos, cristianos y musulmanes. La vocación inscrita en su nombre es la de ser la Ciudad de la Paz, pero por desgracia se ha convertido en escenario de enfrentamientos. Confío que pueda encontrar de nuevo esa vocación de ser lugar y símbolo de encuentro y de convivencia pacífica, y que el acceso y la libertad de culto en los Santos Lugares continúe siendo garantizado y respetado según el status quo. Al mismo tiempo, deseo que las autoridades del Estado de Israel y del Estado de Palestina puedan volver a encontrar el valor y la determinación para dialogar directamente a fin de implementar la solución de los dos estados en todos sus aspectos, en conformidad con el derecho internacional y con todas las resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas.

Como saben, a fines de este mes, podré ir finalmente como peregrino de paz a la República Democrática del Congo, con el deseo de que cese la violencia en el este del país y prevalezca el camino del diálogo y la voluntad de trabajar por la seguridad y el bien común. La peregrinación proseguirá a Sudán del Sur, donde seré acompañado por el Arzobispo de Canterbury y el Moderador general de la Iglesia Presbiteriana de Escocia. Juntos deseamos unirnos al clamor de paz de la población y contribuir al proceso de reconciliación nacional.

Tampoco debemos olvidar otras situaciones en las que siguen pesando las consecuencias de los conflictos que aún no se han resuelto. Pienso en particular en la situación del Cáucaso meridional. Exhorto a las partes a respetar el alto al fuego, reiterando que la liberación de los prisioneros militares y civiles sería un paso importante hacia el acuerdo de paz deseado.

Pienso, también, en Yemen, donde rige la tregua alcanzada el pasado mes de octubre, pero donde tantos civiles siguen muriendo a causa de las minas, y en Etiopía, donde deseo que se continúe el proceso de pacificación y se refuerce el compromiso de la Comunidad internacional para afrontar la crisis humanitaria que afecta al país.

Sigo con aprensión también la situación de África occidental, cada vez más afligida por la violencia del terrorismo. Pienso, en particular, en los dramas que viven las poblaciones de Burkina Faso, Malí y Nigeria, y espero que los procesos de transición en curso en Sudán, Malí, Chad, Guinea y Burkina Faso se desarrollen respetando las aspiraciones legítimas de las poblaciones implicadas.

Sigo también con particular atención la situación de Myanmar, que ya desde hace dos años experimenta violencia, dolor y muerte. Invito a la Comunidad

internacional a activarse para concretar los procesos de reconciliación y exhorto a todas las partes implicadas a comenzar de nuevo el camino del diálogo para volver a dar esperanza a la población de aquella amada tierra.

Pienso, finalmente, en la península coreana, para la que deseo que no falten la buena voluntad y el compromiso por la concordia, a fin de construir la tan deseada paz y la prosperidad para todo el pueblo coreano.

Todos los conflictos ponen siempre de relieve las consecuencias letales de un continuo recurso a la producción de nuevos y cada vez más sofisticados armamentos, a veces justificada por la razón de que actualmente la paz «no puede garantizarse si no se apoya en una paridad de armamentos» [4]. Es preciso romper esa lógica y proceder por el camino de un desarme integral, porque ninguna paz es posible allí donde proliferan instrumentos de muerte.

Queridos embajadores:

En un tiempo de tanto conflicto, no podemos eludir la pregunta sobre cómo se puedan restaurar los hilos de la paz. ¿Por dónde comenzar?

Para esbozar una respuesta, quisiera retomar con ustedes algunos elementos de la *Pacem in terris*, un texto extremadamente actual incluso habiendo cambiado gran parte del contexto internacional. Para san Juan XXIII, la paz es posible a la luz de cuatro bienes fundamentales: la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad. Estos son los pilares que regulan las relaciones tanto entre los individuos como entre las comunidades políticas [5].

Estas dimensiones se entrelazan dentro del principio fundamental «de que todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanar inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables» [6].

Paz en la verdad  
Construir la paz en la verdad significa en primer lugar respetar a la persona humana, con su «derecho a la existencia, a la integridad corporal» [7], y garantizarle «la posibilidad de buscar la verdad libremente y [...] manifestar y difundir sus opiniones» [8]. Esto exige «que en todo el mundo se cree un ambiente dentro del cual no sólo los poderes públicos de cada nación, sino también los individuos y los grupos intermedios, puedan con mayor seguridad realizar sus funciones, cumplir sus de-

beres y defender sus derechos» [9].

A pesar de los compromisos asumidos por todos los estados de respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales de cada persona, todavía hoy, en muchos países, las mujeres son consideradas como ciudadanos de segunda clase. Son objeto de violencia y de abusos, y se les niega la posibilidad de estudiar, de trabajar, de expresar sus propias capacidades, el acceso a los cuidados médicos e incluso a la comida. Sin embargo, allí donde los derechos humanos son plenamente reconocidos para todos, las mujeres pueden ofrecer una contribución propia e insustituible a la vida social y ser las primeras aliadas de la paz.

La paz exige que ante todo se defienda la vida, un bien que hoy es puesto en peligro no sólo por los conflictos, el hambre y las enfermedades, sino demasiadas veces incluso desde el seno materno, afirmando un presunto «derecho al aborto». Nadie puede arrogarse el derecho sobre la vida de otro ser humano, especialmente si este está desprotegido y por tanto privado de cualquier posibilidad de defensa. Hago, por tanto, un llamado a las conciencias de los hombres y las mujeres de buena voluntad, particularmente de cuantos tienen responsabilidades políticas, para que trabajen por tutelar los derechos de los más débiles y se erradique la cultura del descarte, que lamentablemente incluye también a los enfermos, las personas discapacitadas y los ancianos. Los estados tienen la enorme responsabilidad de garantizar la asistencia a los ciudadanos en cada una de las etapas de la vida humana hasta la muerte natural, de modo que cada uno se sienta acompañado y cuidado también en los momentos más delicados de su propia existencia.

El derecho a la vida también está amenazado allí donde se sigue practicando la pena de muerte, como está ocurriendo estos días en Irán, después de las recientes manifestaciones que piden un mayor respeto por la dignidad de las mujeres. La pena de muerte no puede ser utilizada para una presunta justicia de estado, puesto que esta no constituye un disuasivo, ni ofrece justicia a las víctimas, sino que alimenta solamente la sed de venganza. Hago, por tanto, un llamado para que la pena de muerte, que es siempre inadmisibles pues atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona, sea abolida de las legislaciones de todos los países del mundo. No podemos olvidar que, hasta el último momento, una persona puede convertirse y puede cambiar.

## La acción diplomática Relaciones con 183 Estados

Son 183 los Estados que actualmente mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. A estos se añaden la Unión Europea y la Soberana Orden de Malta. Las cancellerías de embajadas acreditadas ante la Santa Sede con sede en Roma, incluidas las de la Unión Europea y de la Soberana Orden de Malta son 91. Tienen sede en Roma también las oficinas acreditadas ante la Santa Sede de la Liga de los Estados Árabes, de las Organizaciones Internacionales para las Migraciones y del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

En el 2022, el 15 de agosto, fue firmado el Acuerdo entre la Santa Sede y la República Democrática de Santo Tomé y Príncipe, y el 14 de septiembre fue firmado el Acuerdo suple-

mentario al Acuerdo con Kazajistán sobre el 1998, relativo a la cía al personal eccl octubre, la Santa ron prorrogar la bienio sobre el no septiembre de 201 bre de 2020. Final vigor para la Sant de la Ciudad del ciones Unidas sob rís.



Lamentablemente, parece surgir cada vez más un “miedo” a la vida, que en muchos lugares se traduce como temor al futuro y dificultades para formar una familia o tener hijos. En algunos contextos —pienso por ejemplo en Italia— tiene lugar un peligroso descenso de la natalidad, un verdadero invierno demográfico, que pone en peligro el futuro mismo de la sociedad. Al querido pueblo italiano, deseo renovar mi aliento para afrontar con tenacidad y esperanza los desafíos del tiempo presente, seguro de sus propias raíces religiosas y culturales.

Los miedos, que se alimentan de la ignorancia y los prejuicios, degeneran fácilmente en conflictos. Su antídoto es la educación. La Santa Sede promueve una visión integral de la educación, en la que «la cultura religiosa y la formación del sentido moral vayan a la par con el conocimiento científico y con el incesante progreso de la técnica» [10]. Educar exige siempre el respeto integral por la persona y por su fisonomía natural, evitando imponer una nueva y confusa visión del ser humano. Esto implica integrar los itinerarios de crecimiento humano, espiritual, intelectual y profesional, permitiendo a la persona liberarse de múltiples formas de esclavitud y afirmarse en la sociedad de modo libre y responsable. En este sentido, es inaceptable que una parte de la población pueda ser excluida de la educación, como está ocurriendo con las mujeres afganas.

La educación se encuentra a merced de una crisis agudizada por las devastadoras consecuencias de la pandemia y el

preocupante escenario geopolítico. En este sentido, la Cumbre sobre la transformación de la educación, convocada por el Secretario General de las Naciones Unidas, que se llevó a cabo el pasado mes de septiembre en Nueva York, representó para los gobiernos una oportunidad única para adoptar políticas valientes, dirigidas a afrontar la “catástrofe educativa” actual y tomar decisiones concretas, a fin de alcanzar una educación de calidad y para todos antes del 2030. ¡Que los estados tengan la valentía de invertir la vergonzosa y asimétrica proporción entre el gasto público reservado a la educación y los fondos destinados a los armamentos!

La paz también exige que se reconozca universalmente la libertad religiosa. Es preocupante que haya personas perseguidas sólo porque profesan públicamente su fe y que en muchos países la libertad religiosa esté limitada. Aproximadamente un tercio de la población mundial vive en esta condición. Junto a la falta de libertad religiosa está también la persecución por motivos religiosos. No puedo dejar de mencionar, como demuestran algunas estadísticas, que uno de cada siete cristianos es perseguido. A este respecto, manifiesto mi deseo de que el nuevo Enviado Especial de la Unión Europea para la promoción de la libertad de religión o creencias fuera de la Unión Europea pueda disponer de los recursos y medios necesarios para llevar adelante adecuadamente su propio mandato.

Al mismo tiempo, es importante recordar que la violencia y las discriminaciones contra los cristianos también aumentan en países donde estos no son una minoría. La libertad religiosa también está amenazada allí donde los creyentes ven reducida la posibilidad de expresar sus propias convicciones en el ámbito de la vida social, en nombre de una mala interpretación de la inclusión. La libertad religiosa, que no puede reducirse a la mera libertad de culto, es uno de los requisitos mínimos necesarios para vivir de manera digna y los gobiernos tienen el deber de protegerla y de garantizar a cada persona, de forma compatible con el bien común, la oportunidad de actuar según la propia conciencia también en el ámbito de la vida pública y en el ejercicio de la propia profesión.

La religión es una oportunidad efectiva de diálogo y de encuentro entre pueblos y culturas diversas, como testimonia la

decisión del Parlamento de Timor Oriental que aprobó por unanimidad el Documento sobre la Fraternidad Humana que firmé con el Gran Imán de Al-Azhar en el año 2019, incluyéndolo en los programas de las instituciones educativas y culturales nacionales, y como pude experimentar personalmente en el viaje que hice a Kazajistán, el pasado mes de septiembre, con ocasión del VII Congreso de Líderes de Religiones Mundiales, con quienes compartí algunas preocupaciones de nuestro tiempo y experimenté cómo las religiones «no son un problema, sino parte de la solución para una convivencia más armoniosa» [11]. Igualmente significativa fue también la visita a Baréin, donde se pudo dar un nuevo paso entre creyentes cristianos y musulmanes.

Con frecuencia, se quieren atribuir a la religión los diversos conflictos que acompañan a la humanidad y a veces no faltan, efectivamente, los deplorables intentos por hacer un uso instrumental de la religión con finalidades meramente políticas. Sin embargo, esto es contrario a la perspectiva cristiana, que pone de manifiesto que la raíz de todo conflicto es el desequilibrio del corazón humano: «Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones» (Mc 7,21), como nos recuerda el Evangelio. El cristianismo exhorta a la paz, porque exhorta a la conversión y al ejercicio de la virtud.

Paz en la justicia

Construir la paz exige que se busque la justicia. La crisis de 1962 terminó gracias a la contribución de hombres de buena voluntad que supieron encontrar soluciones adecuadas para evitar que la tensión política degenerase en una auténtica guerra. Esto también fue posible gracias a la convicción de que las disputas podían resolverse en el ámbito del derecho internacional y por medio de esas organizaciones, principalmente las Naciones Unidas, surgidas después de la Segunda Guerra Mundial, que desarrollaron la diplomacia multilateral. San Juan XXIII recordó que: «el objetivo fundamental que se confió a la Organización de las Naciones Unidas es asegurar y consolidar la paz internacional, favorecer y desarrollar las relaciones de amistad entre los pueblos, basadas en los principios de igualdad, mutuo respeto y múltiple colaboración en todos los sectores de la actividad humana» [12].

El actual conflicto en Ucrania hizo más evidente la crisis que desde hace tiempo afecta al sistema multilateral, que necesita un replanteamiento profundo para poder responder adecuadamente a los desafíos de nuestro tiempo. Esto exige una reforma de los organismos que hacen posible su funcionamiento, para que sean realmente representativos de las necesidades y de las sensibilidades de todos los pueblos, evitando mecanismos que den mayor peso a algunos, en detrimento de otros. Por consiguiente, no se trata de construir bloques de alianzas, sino de crear oportunidades para que todos puedan dialogar.

Se puede hacer mucho bien juntos, basta con pensar en las loables iniciativas destinadas a reducir la pobreza, ayudar a los migrantes, contrarrestar el cambio climático, favorecer el desarme nuclear y ofrecer ayuda humanitaria. Sin embargo, en tiempos recientes, los diversos foros internacionales se caracterizaron por crecientes polarizaciones e intentos para que se imponga un pensamiento único, lo que impide el diálogo y margina a aquellos que piensan distinto. Existe el riesgo de una deriva, que asume cada vez más el rostro de un totalitarismo ideológico, que promueve la intolerancia respecto al que no adhiere a supuestas posiciones de “progreso”, que en realidad parecen conducir más bien a un retroceso general de la humanidad, al violar la libertad de pensamiento y de conciencia.

Asimismo, se emplean cada vez más recursos para imponer, especialmente en relación a los países más pobres, formas de colonización ideológica, creando, por otra parte, un nexo directo entre la concesión de ayudas económicas y la aceptación de tales ideologías. Eso ha agotado el debate interno de las Organizaciones internacionales, impidiendo intercambios fructuosos y propiciando a menudo la tentación de afrontar las cuestiones de manera autónoma y, en consecuencia, sobre la base de relaciones de fuerza.

Por otra parte, durante mi viaje a Canadá, el pasado mes de julio, pude palpar las consecuencias de la colonización, encontrándome de un modo especial con las poblaciones indígenas, que sufrieron por las políticas de asimilación del pasado. Allí donde se busca imponer a otras culturas formas de pensamiento que no les pertenecen, se abre el camino a duros enfrentamientos y, a veces, también a la violencia.

Es necesario volver al diálogo, a la escucha mutua y a la negociación, favoreciendo las responsabilidades compartidas y la cooperación en la búsqueda del bien común, bajo el signo de esa solidaridad que «surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común» [13]. Las exclusiones y los vetos recíprocos no llevan más que a alimentar mayores divisiones.

Paz en la solidaridad

En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, puse en evidencia cómo la pandemia de Covid-19 deja en herencia «la conciencia de que todos nos necesitamos» [14]. Los caminos de la paz son caminos de solidaridad, porque nadie puede salvarse solo. Vivimos en un mundo tan interconectado que el actuar de cada uno termina por repercutir en todos.

En esta sede, quisiera subrayar tres ámbitos, en los que emerge con particular fuerza la interconexión que une hoy a la humanidad y por los que es especialmente urgente una mayor solidaridad.

El primero es el de las migraciones, que afecta a regiones enteras de la tierra. Muchas veces se trata de personas que huyen de guerras y persecuciones, afrontando peligros inmensos. Por otra parte, «ha de respetarse íntegramente también el derecho de cada hombre a conservar o cambiar su residencia [...], de emigrar a otros países y fijar allí su domicilio» [15] y debe tener la posibilidad de regresar a su propia tierra de origen.

La migración es una cuestión en la que no es admisible “proceder de forma desorganizada”. Para comprenderlo, es suficiente mirar el Mediterráneo, convertido en una gran tumba. Esas vidas truncadas son el emblema del naufragio de nuestra civilización, como tuve ocasión de recordar durante mi viaje a Malta la primavera pasada. En Europa, es urgente reforzar el marco normativo, por medio de la aprobación del Nuevo Pacto sobre Migración y Asilo, para que se puedan implementar políticas adecuadas que acojan, acompañen, promuevan e integren a los migrantes. Al mismo tiempo, la solidaridad exige que las necesarias operaciones de asistencia y cuidado de los naufragos no pesen totalmente sobre las poblaciones de los principales puntos de llegada.

El segundo ámbito abarca la economía y el trabajo. Las crisis que se sucedieron en los últimos años han puesto en evidencia los límites de un sistema económico que tiende más a crear beneficios para unos pocos que oportunidades de bienestar para muchos; una economía que tiende mayormente al dinero que a la producción de bienes útiles. Esto ha generado empresas más frágiles y mercados de trabajo altamente injustos. Es necesario dar dignidad a la empresa y al trabajo, combatiendo toda forma de explotación que termina por tratar a los trabajadores del mismo modo que una mercancía, puesto que «sin trabajo digno y bien remunerado los jóvenes no se convierten verdaderamente en adultos, [y] las desigualdades aumentan» [16].

El tercer ámbito es el cuidado de nuestra casa común. De forma continua se presentan ante nosotros los efectos del cambio climático y las graves consecuencias que esto tiene en la vida de poblaciones enteras, sea por las devastaciones que a veces producen, como sucedió en Pakistán en las áreas afectadas por las inundaciones, donde los focos de enfermedades transmitidas por el agua estancada siguen aumentando; sea en amplias zonas del océano Pacífico, donde el calentamiento global provoca daños innumerables en la pesca, fundamento de la vida cotidiana de

## Mensaje para la Jornada mundial que se celebra el 11 de febrero

Es atroz e injusto dejar a los enfermos solos y abandonados

# La compasión como ejercicio sinodal de sanación

«La condición de soledad, de abandono» en la que se dejan a muchas personas que sufren es «una atrocidad» que debe «superarse antes que cualquier otra injusticia». Haciendo referencia a la parábola del buen samaritano, el Papa lanza esta advertencia en el mensaje -publicado el martes 10 de enero- para la XXXI Jornada mundial del enfermo, que se celebra el próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de la beata Virgen María de Lourdes, sobre el tema «Cuida de él». La compasión como ejercicio sinodal de sanación».



«Cuida de él».

La compasión como ejercicio sinodal de sanación

Queridos hermanos y hermanas:

La enfermedad forma parte de nuestra experiencia humana. Pero, si se vive en el aislamiento y en el abandono, si no va acompañada del cuidado y de la compasión, puede llegar a ser inhumana. Cuando caminamos juntos, es normal que alguien se sienta mal, que tenga que detenerse debido al cansancio o por algún contratiempo. Es ahí, en esos momentos, cuando podemos ver cómo estamos caminando: si realmente caminamos juntos, o si vamos por el mismo camino, pero cada uno lo hace por su cuenta, velando por sus propios intereses y dejando que los demás «se las arreglen». Por eso, en esta XXXI Jornada Mundial del Enfermo, en pleno camino sino-

dal, los invito a reflexionar sobre el hecho de que, es precisamente a través de la experiencia de la fragilidad y de la enfermedad, como podemos aprender a caminar juntos según el estilo de Dios, que es cercanía, compasión y ternura. En el libro del profeta Ezequiel, en un gran oráculo que constituye uno de los puntos culminantes de toda la Revelación, el Señor dice así: «Yo mismo apacentaré mis ovejas y las llevaré a descansar —oráculo del Señor—. Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma [...]. Yo las apacentaré con justicia» (34,15-16). La experiencia del extravío, de la enfermedad y de la debilidad forman parte de nuestro camino de un modo natural, no nos excluyen del pueblo de Dios; al contrario, nos llevan al centro de la atención del Señor, que es Padre y no quiere perder a ninguno de sus hijos por el camino. Se trata, por tanto, de aprender de Él, para ser verdaderamente una comunidad que camina unida, capaz de no dejarse contagiar por la cultura del descarte.

La Encíclica *Fratelli tutti*, como ustedes saben, propone una lectura actualizada de la parábola del buen samaritano. La escogí como eje, como punto de inflexión, para poder salir de las «sombras de un mundo cerrado» y «pensar y gestar un mundo abierto» (cf. n. 56). De hecho, existe una conexión profunda entre esta parábola de Jesús y las múltiples formas en las que se niega hoy la fraternidad. En particular, el hecho de que la persona golpeada y despojada sea abandonada al borde del camino, representa la condición en la que se deja a muchos de nuestros hermanos y hermanas cuando más necesitados están de ayuda. No es fácil distinguir cuáles agresiones

contra la vida y su dignidad proceden de causas naturales y cuáles, en cambio, provienen de la injusticia y la violencia. En realidad, el nivel de las desigualdades y la prevalencia de los intereses de unos pocos ya afectan a todos los entornos humanos, hasta tal punto que resulta difícil considerar cualquier experiencia como «natural». Todo sufrimiento tiene lugar en una «cultura» y en medio de sus contradicciones. Sin embargo, lo importante aquí es reconocer la condición de soledad, de abandono. Se trata de una atrocidad que puede superarse antes que cualquier otra injusticia, porque, como nos dice la parábola, todo lo que se necesita para eliminarla es un momento de atención, el movimiento interior de la compasión. Dos transeúntes, considerados religiosos, ven al herido y no se detienen. El tercero, en cambio, un samaritano, objeto de desprecio, sintió compasión y se hizo cargo de aquel forastero en el camino, tratándolo como a un hermano. Obrando de ese modo, sin siquiera pensarlo, cambió las cosas, generó un mundo más fraterno.

Hermanos, hermanas, nunca estamos preparados para la enfermedad. Y, a menudo, ni siquiera para admitir el avance de la edad. Tenemos miedo a la vulnerabilidad y la cultura omnipresente del mercado nos empuja a negarla. No hay lugar para la fragilidad. Y, de este modo, el mal, cuando irrumpe y nos asalta, nos deja aturridos. Puede suceder, entonces, que los demás nos abandonen, o que nos parezcan que debemos abandonarlos, para no ser una carga para ellos. Así comienza la soledad, y nos envenena el sentimiento amargo de una injusticia, por el que incluso el Cielo parece cerrarse. De hecho, nos cuesta permanecer en paz con Dios, cuando se



arruina nuestra relación con los demás y con nosotros mismos. Por eso es tan importante que toda la Iglesia, también en lo que se refiere a la enfermedad, se confronte con el ejemplo evangélico del buen samaritano, para llegar a convertirse en un auténtico «hospital de campaña». Su misión, sobre todo en las circunstancias históricas que atravesamos, se expresa, de hecho, en el ejercicio del cuidado. Todos somos frágiles y vulnerables; todos necesitamos esa atención compasiva, que sabe detenerse, acercarse, curar y levantar. La situación de los enfermos es, por tanto, una llamada que interrumpe la indiferencia y frena el paso de quienes avanzan como si no tuvieran hermanas y hermanos. La Jornada Mundial del Enfermo, en efecto, no sólo invita a la oración y a la cercanía con los que sufren. También tiene como objetivo sensibilizar al pueblo de Dios, a las instituciones sanitarias y a la sociedad civil sobre una nueva forma de

avanzar juntos. La profecía de Ezequiel, citada al principio, contiene un juicio muy duro acerca de las prioridades de quienes ejercen el poder económico, cultural y de gobierno sobre el pueblo: «Ustedes se alimentan con la leche, se visten con la lana, sacrifican a las ovejas más gordas, y no apacientan el rebaño. No han fortalecido a la oveja débil, no han curado a la enferma, no han vendado a la herida, no han hecho volver a la descarriada, ni han buscado a la que estaba perdida. Al contrario, las han dominado con rigor y crueldad» (34,3-4). La Palabra de Dios es siempre iluminadora y actual. No sólo en su denuncia, sino también en su propuesta. De hecho, la conclusión de la parábola del buen samaritano nos sugiere cómo el ejercicio de la fraternidad, iniciado por un encuentro de tú a tú, puede extenderse a un cuidado organizado. La posada, el posadero, el dinero, la promesa de mantenerse mutuamente informados (cf. *Lc* 10,34-35): todo esto nos hace pensar en el ministerio de los sacerdotes; en la labor de los agentes sanitarios y sociales; en el compromiso de los familiares y de los voluntarios, gracias a los cuales, cada día, en todas las partes del mundo, el bien se opone al mal. Los años de la pandemia han aumentado nuestro sentimiento de gratitud hacia quienes trabajan cada día por la salud y la investigación. Pero, de una tragedia colectiva tan grande, no basta salir honrando a unos héroes. El Covid-19 puso a dura prueba esta gran red de capacidades y de solidaridad, y mostró los límites estructurales de los actuales sistemas de bienestar. Por tanto, es necesario que la gratitud vaya acompañada de una búsqueda activa, en cada país, de estrategias y de recursos, para que a todos los seres humanos se les garantice

el acceso a la asistencia y el derecho fundamental a la salud. «Cuida de él» (*Lc* 10,35) es la recomendación del samaritano al posadero. Jesús nos lo repite también a cada uno de nosotros, y al final nos exhorta: «Anda y haz tú lo mismo». Como subrayé en *Fratelli tutti*, «la parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común» (n. 67). En realidad, «hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor. No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor» (n. 68). El 11 de febrero de 2023, miremos también al Santuario de Lourdes como una profecía, una lección que se encomienda a la Iglesia en el corazón de la modernidad. No vale solamente lo que funciona, ni cuentan solamente los que producen. Las personas enfermas están en el centro del pueblo de Dios, que avanza con ellos como profecía de una humanidad en la que todos son valiosos y nadie debe ser descartado. Encomiendo a la intercesión de María, Salud de los enfermos, a cada uno de ustedes, que se encuentran enfermos; a quienes se encargan de atenderlos —en el ámbito de la familia, con su trabajo, en la investigación o en el voluntariado—; y a quienes están comprometidos en forjar vínculos personales, eclesiales y civiles de fraternidad. A todos les envío cordialmente mi Bendición Apostólica.

Roma, San Juan de Letrán,  
10 de enero de 2023

FRANCISCO

## Ninguna paz es posible sin un desarme integral

VIENE DE LA PÁGINA 5

pueblos enteros; sea en Somalia y en todo el Cuerno de África, donde la sequía está causando una grave carestía; sea en los Estados Unidos, donde en los últimos días las repentinas e intensas heladas han provocado numerosos muertos.

El verano pasado, la Santa Sede decidió acceder a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, intentando dar su apoyo moral a los esfuerzos de todos los estados por cooperar, conforme a sus responsabilidades y respectivas capacidades, con una respuesta eficaz y adecuada a los desafíos impuestos por el cambio climático. Se espera que los pasos que ha dado la COP27, con la adopción del Sharm el-Sheikh Implementation Plan, aunque limitados, puedan aumentar la toma de conciencia de toda la

humanidad hacia una cuestión urgente que ya no puede ser evadida. Objetivos alentadores fueron acordados, sin embargo, durante la reciente Conferencia de las Naciones Unidas sobre Biodiversidad (COP15), que se realizó en Montreal el mes pasado. Paz en la libertad

Por último, construir la paz exige que no haya lugar para «la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de otras naciones, cualesquiera que sean su extensión territorial y su capacidad defensiva»<sup>[17]</sup>. Esto es posible si en cada comunidad no prevalece la cultura del abuso y la agresión, que lleva a mirar al prójimo como a un enemigo al que combatir más que a un hermano al que acoger y abrazar<sup>[18]</sup>.

Es preocupante el debilitamiento, en muchas partes del mundo, de la democracia y de la posibilidad de libertad que esta consien-

te, aun con todos los límites de un sistema humano. Esto muchas veces lo pagan las mujeres y las minorías étnicas, así como los equilibrios de sociedades enteras donde el malestar conduce a tensiones sociales e incluso a conflictos armados.

En muchas zonas, un signo de debilitamiento de la democracia está marcado por las crecientes polarizaciones políticas y sociales, que no ayudan a resolver los problemas urgentes de los ciudadanos. Pienso en las numerosas crisis políticas en diversos países del continente americano, con su carga de tensiones y formas de violencia que agudizan los conflictos sociales. Pienso especialmente en lo que sucedió recientemente en Perú y, en estas últimas horas, en Brasil, y en la preocupante situación en Haití, donde finalmente se están dando algunos pasos para afrontar la crisis política que existe desde

hace tiempo. Siempre es necesario superar las lógicas sesgadas y esforzarse por la edificación del bien común.

Además, sigo con atención la situación en el Líbano, donde todavía se aguarda la elección del nuevo Presidente de la República, y espero que todos los actores políticos se comprometan para que el país pueda recuperarse de la dramática situación económica y social en la que se encuentra.

Excelencias, señoras y señores: Sería hermoso que alguna vez pudiéramos encontrarnos solamente para agradecer al Señor omnipotente por los beneficios que siempre nos concede, sin vernos obligados a enumerar las situaciones dramáticas que afligen a la humanidad. Como decía Juan XXIII: «Cabe esperar que los pueblos, por medio de relaciones y contactos institucionalizados, lleguen a conocer me-

por los vínculos sociales con que la naturaleza humana los une entre sí y a comprender con claridad creciente que entre los principales deberes de la común naturaleza humana hay que colocar el de que las relaciones individuales e internacionales obedezcan al amor y no al temor, porque ante todo es propio del amor llevar a los hombres a una sincera y múltiple colaboración material y espiritual, de la que tantos bienes pueden derivarse para ellos»<sup>[19]</sup>. Con estos anhelos, renuevo, a ustedes y a los países que representan, mis mejores deseos para el año nuevo. Gracias.

[1] Const. ap. *Prædicate Evangelium* (19 marzo 2022), art. 1.  
[2] El 11 de abril de 1963. Cf. AAS 55 (1963), 257-304.  
[3] Carta enc. *Pacem in terris*, 111.  
[4] *Ibid.*, 110.  
[5] Cf. *ibid.*, 80.  
[6] *Ibid.*, 9.

[7] *Ibid.*, 11.  
[8] *Ibid.*, 11.  
[9] *Ibid.*, 141.  
[10] *Ibid.*, 80.  
[11] Discurso en la Sesión Plenaria del VII Congreso de Líderes de Religiones Mundiales y Tradicionales, Nursultán (ahora Astaná), 14 septiembre 2022.  
[12] Carta enc. *Pacem in terris*, 142.  
[13] Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 115.  
[14] Mensaje para la LVI Jornada Mundial de la Paz (8 diciembre 2022), 3.  
[15] Carta enc. *Pacem in terris*, 25.  
[16] Discurso a los participantes en el encuentro «Economy of Francesco», Asís, 24 septiembre 2022.  
[17] Carta enc. *Pacem in terris*, 124. Cf. Pío XII, Radiomensaje navideño, 24 diciembre 1941.  
[18] Cf. Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 22 marzo 2013.  
[19] Carta enc. *Pacem in terris*, 129.

El Papa a los participantes del encuentro "Rome Call"

# La vida de un hombre no puede ser confiada a un algoritmo

«No es aceptable que la decisión sobre la vida y el destino de un ser humano sea confiada a un algoritmo». Lo afirmó el Papa Francisco la mañana del 10 de enero, recibiendo en audiencia en la Sala Clementina a los participantes del encuentro «AI Ethics: An Abrahamic commitment to the Rome Call» — promovido por la Pontificia Academia para la Vida y de la Fundación RenAIssance — que se celebra en la Casina Pio IV en el Vaticano. Publicamos a continuación el discurso dirigido a los presentes.

Excelencias reverendísimas, distinguidas autoridades, ilustres señores y señoras ¡queridos hermanos y hermanas!

Doy las gracias a monseñor Paglia por sus corteses palabras; saludo al rabino Eliezer Simha Weisz y al jeque Abdallah bin Bayyah. Saludo también a los señores Brad Smith, presidente de Microsoft, Dario Gil, vice presidente global de IBM, y Maximo Torero Cullen, jefe economista de la FAO, primeros firmantes de la Rome Call, co-

mo también a los miembros de las varias delegaciones aquí presentes. Estoy agradecido a la Pontificia Academia para la Vida y a la Fundación RenAIssance, por el compromiso en la promoción a través de la Rome Call de una ética compartida respecto a los grandes desafíos que se abren en el horizonte de la inteligencia artificial. Después de la primera firma en 2020, el evento de hoy ve la involucración también de las delegaciones judías e islámicas, que miran a la llamada inteligencia artificial con una mirada inspirada en las palabras de la Encíclica *Fratelli tutti*. Vuestra concordia en el promover una cultura que ponga esta tecnología al servicio del bien común de todos y de la custodia de la casa común es ejemplar para muchos otros. La fraternidad entre todos es la condición para que también el desarrollo tecnológico esté al servicio de la justicia y de la paz en cualquier lugar del mundo.



Todos somos conscientes de cuánto la inteligencia artificial esté cada vez más presente en cada aspecto de la vida cotidiana, tanto personal como social. Esta incide en nuestra forma de comprender al mundo y a nosotros mismos. Las innovaciones en este campo hacen que tales instrumentos sean cada vez más decisivos en las actividades e incluso en las decisiones humanas. Os animo por tanto a proseguir en este compromiso vuestro. Me alegra saber que queréis involucrar también a las grandes religiones mundiales y a los hombres y

las mujeres de buena voluntad para que la algorítmica, es decir la reflexión ética sobre el uso de los algoritmos, esté cada vez más presente, además de en el debate público, también en el desarrollo de las soluciones técnicas. Cada persona, de hecho, debe poder disfrutar de un desarrollo humano y solidario, sin que nadie sea excluido. Se trata pues de vigilar y trabajar para que el uso discriminatorio de estas herramientas no se arraigue a costa de los más frágiles y excluidos. Recordemos siempre que la forma en que tratamos al úl-

timo y menos considerado entre nuestros hermanos y hermanas muestra el valor que reconocemos al ser humano. Se puede dar el ejemplo de las peticiones de los solicitantes de asilo: no es aceptable que la decisión sobre la vida y el destino de un ser humano sea confiada a un algoritmo. La Rome Call puede ser un útil instrumento para un diálogo común entre todo, con el fin de favorecer un desarrollo humano de las nuevas tecnologías. Al respecto, reitero que «en el encuentro entre diferentes visiones del mundo, los derechos humanos constituyen un punto de convergencia importante para la búsqueda de un terreno común. En el momento actual, sin embargo, parece necesaria una reflexión actualizada sobre los derechos y deberes en este ámbito. En efecto, la profundidad y la aceleración de las transformaciones de la era digital plantean problemas inesperados que imponen nuevas condi-

ciones al *ethos* individual y colectivo» (*Discurso a la Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida*, 28 de febrero de 2020). Las adhesiones a la Rome Call, que han crecido a lo largo del tiempo, son un paso significativo para promover una antropología digital, con tres coordenadas fundamentales: la ética, la educación y el derecho. Os expreso mi apoyo por la generosidad y el dinamismo con el que os habéis empeñado y os invito a proseguir con audacia y discernimiento, a la búsqueda de las vías que conducen a una involucración cada vez más amplia de todos aquellos a los que les importa el bien de la familia humana. Invoco sobre vosotros la bendición de Dios: Dios os bendiga a todos, para que vuestro camino pueda desarrollarse con serenidad y paz, en espíritu de colaboración. Os acompañe también mi bendición. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

## Pequeñas (grandes) historias de la Amazonia boliviana

LUCÍA GALICCIO

Somos las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, presentes en Guayaramerín, Vicariato Apostólico de Pando, en la región de la Amazonia boliviana. Nuestra casa está a dos cuadras del río Mamoré, que nos separa de Guajara-Mirim, municipio brasileño del estado de Rondônia. En esta zona fronteriza y comercial se habla con fluidez el español y el portugués, lo mismo que nosotros tres: Josiane (brasileña), Judith y Lucía (argentinas). Llegamos aquí el 12 de marzo de 2020 sin conocer a nadie, y así enfrentamos la pandemia de coronavirus. Ni siquiera sabíamos dónde estaba el hospital, pero la Providencia Divina nos sostuvo, al punto que ahora experimentamos una enorme gratitud al Señor por "tanto bien recibido". Nuestra actividad es variada y nuestros apostolados abarcan ampliamente la pastoral parroquial, la pastoral rural, la infancia y adolescencia misionera, la pastoral juvenil vocacional, la pastoral familiar, la pastoral educativa, y las dimensiones de justicia, paz e integridad de la creación. En cada uno de estos ámbitos procuramos acompañar y custodiar la fragilidad de nuestros hermanos más vulnerables en la realidad urbana y rural: indígenas que viven en la calle, ancianos desamparados, jóvenes, adolescentes y niños. Nuestra clave de trabajo es la formación en valores del Evangelio y desde la cercanía fraterna. Aquí en Guayaramerín el sol y el calor son muy intensos y, por eso, la gente se moviliza en motos de todos los tamaños y

colores. ¡Hasta los preadolescentes van motorizados! La gente estaciona en las veredas y allí surgen los "cuidadores de motos", adultos y niños indígenas que, con cartones recogidos del mercado central, cubren las motos para protegerlas del sol y evitar que los asientos se recalienten. Por este sencillo servicio los cuidado-



res solicitan una "fichita", es decir, una moneda de propina. En otras ocasiones estas personas, llenas de ingenio, usan esos mismos cartones para abanicar a los turistas que, en plena vía pública, se detienen a almorzar. Este es otro modo de ganarse una "fichita" más, la que piden con peculiar encanto. Y es que la necesidad hace brotar una creativa humildad. ¿Quién no podría reconocer la dignidad de la persona y a Jesús oculto entre los harapos? Uno de los sectores que visitamos regularmente es la comunidad campesina San José, donde conmueve la fe inquebrantable de la gente. Entre ellos, el mayor de todos es un anciano que permanece solo en la capilla rezando en voz muy alta, porque ha ido per-

diendo su capacidad auditiva. Él pasa largos ratos en soledad buscando al Señor. Probablemente así es como adquiere esa paz y sabiduría que transmite a la comunidad, porque, aunque él no escucha, la gente lo escucha a él con agrado. Este señor suele tomar sus decisiones en conjunto con otro animador de avanzada edad, y ambos son

generosos y solidarios, pues enseñan a las personas a compartir y a dar desde su pobreza. Esta maravillosa comunidad refleja un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia Católica y se reúne todos los domingos para compartir el Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía. Además, se caracterizan por su afición a la oración, pues se nota que les gusta encontrarse con el Señor. En nuestra última visita al lugar, durante un momento de adoración al Santísimo, constatamos con admiración esa devoción y fervor que profesan. En cierta manera se podía percibir la gracia de Dios presente y actuante. Es una bendición para nosotras compartir con ellos. Ya que estamos insertas en la

Amazonia, hemos acogido con entusiasmo y compromiso los desafíos que el Santo Padre nos ha planteado respecto del cuidado de nuestra Casa Común. Eso nos ha llevado a formar a nuestras comunidades en la conciencia de que en nuestra tierra todo está interconectado y, por lo tanto, cada una de nuestras acciones y nuestra solidaridad repercuten en nuestro entorno, cada pequeño gesto realizado con amor puede dar muchos frutos. Respecto del Sínodo de la Sinodalidad que vivimos como Iglesia Universal, nos hemos involucrado con mucho ardor en la etapa de escucha, acompañando a las parroquias. Apuntando al objetivo eclesial de suscitar el "encuentro con la gente", hemos recorrido con paciencia distancias de hasta 500 kilómetros, todo a través de caminos duros e inhóspitos, buscando hacer parte de este discernimiento a comunidades como El Sena, Porvenir, Villa Bush, Puerto Rico y Cobija. Cada una de ellas es una realidad diferente y ofrece una riqueza cultural propia, características que han puesto en común de modo cordial y fraternal en sintonía con la Iglesia. En casi tres años de servicio en Guayaramerín, como Misioneras Claretianas ya sumamos incontables experiencias compartidas con las personas y las comunidades. Las historias de cada día que van quedando grabadas en los corazones de quienes hemos descubierto que escuchar el llamado del Señor fue lo mejor que nos pudo pasar.

#sistersproject

## Por las madres ucranianas y rusas que han perdido a los hijos en la guerra

VIENE DE LA PÁGINA 3

sús: compartamos, llevemos los pesos los unos de los otros, en vez de chismorrear y destruir, mirémonos con compasión, ayudémonos mutuamente. Preguntémos: ¿yo soy una persona que divide o que comparte? Reflexionemos: ¿soy un discípulo del amor de Jesús o un discípulo del chismorreo que divide? El chismorreo es un arma letal: mata, mata el amor, mata la sociedad, mata la fraternidad. Preguntémos: ¿soy una persona que divide o una persona que comparte? Y ahora recemos a la Virgen, que dio a la luz a Jesús sumergiéndolo en nuestra fragilidad para que recuperásemos la vida.

Al finalizar el Ángelus, después de haber recordado la celebración de los bautizos presidida poco antes en la Capilla Sixtina, el Papa dirigió un saludo a los fieles presentes, invitando a no olvidar «a nuestros hermanos y hermanas ucranianos» que «sufren tanto por la guerra».

Queridos hermanos y hermanas: Esta mañana, siguiendo la tradición, bauticé en la Capilla Sixtina a algunos recién nacidos, hijos de empleados de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Ahora, en la fiesta del Bautismo del Señor, me complace extender mi saludo y mi bendición a todos los niños y niñas que han recibido o recibirán el Bautismo hoy o en este período. Y al mismo tiempo renuevo a todos —a mí el primero— la invitación a celebrar la fecha en que fuimos bautizados, es decir, en que nos hicimos cristianos. Os pregunto a cada uno ¿sabéis la fecha de vuestro Bautismo? Seguro que alguno no la sabe. Preguntar a vuestros padres, familiares, padrinos: ¿cuál es la fecha de mi Bautismo? Y luego, cada año, celebrad esa fecha, porque es un nuevo cumpleaños, el cumpleaños de la fe. Esta es la tarea para hoy, para cada uno: cuál es la fecha de mi Bautismo, para poder celebrarlo. Y ahora os saludo a vosotros, romanos y peregrinos. ¡Hay muchos polacos en la plaza! Saludo en particular al coro "La voz de los Ángeles" de Belén. Queridos amigos, gracias de todo corazón porque, junto con vuestros cantos, traéis el "perfume de Belén" y el testimonio de la comunidad cristiana de Tierra Santa. ¡Gracias! Rezamos por vosotros y estamos a vuestro lado! ¡Y no olvidemos a nuestros hermanos y hermanas ucranianos! ¡Sufren tanto por la guerra! Esta Navidad en guerra, sin luz, sin calor, ¡sufren mucho! Por favor, no los olvidemos. Y hoy, viendo a la Virgen que tiene en su regazo al niño en el Pesebre, amantándolo, pienso en las madres de las víctimas de la guerra, de los soldados que han caído en esta guerra en Ucrania. Las madres ucranianas y las madres rusas han perdido a sus hijos. Este es el precio de la guerra. Recemos por las madres que han perdido a sus hijos soldados, tanto ucranianas como rusas. Os deseo a todos un feliz domingo. Nos os olvidéis, por favor, de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

El Papa inaugura un nuevo ciclo de reflexiones dedicado a la «pasión por la evangelización»

# La misión es el oxígeno de la vida cristiana

«Sin celo apostólico, la fe se marchita. Sin embargo, la misión es el oxígeno de la vida cristiana: la tonifica y la purifica». Lo dijo el Papa Francisco la mañana del miércoles 11 de enero en la audiencia general, inaugurando un ciclo de catequesis dedicadas a la «pasión por la evangelización». Este es el texto de la reflexión propuesta a los fieles presentes en el Aula Pablo VI y a los que lo segúan a través de los medios de comunicación.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Empezamos hoy un nuevo ciclo de catequesis, dedicado a un tema urgente y decisivo para la vida cristiana: la pasión por la evangelización, es decir, el celo apostólico. Se trata de una dimensión vital para la Iglesia: la comunidad de los discípulos de Jesús de hecho nace apostólica, nace misionera, no proselitista y desde el principio debíamos distinguir esto: ser misionero, ser apostólico, evangelizar no es lo mismo que hacer proselitismo, no tiene nada que ver una cosa con la otra. Se trata de una dimensión vital para la Iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús nace apostólica y misionera. El Espíritu Santo la plasma en salida, la Iglesia en salida, que sale, para que no se repliegue en sí misma, sino que sea extrovertida, testimonio contagioso de Jesús también la fe se contagia, orientada a irradiar su luz hasta los últimos confines de la tierra. Pero puede suceder que el ardor apostólico, el deseo de alcanzar a los otros con el buen anuncio del Evangelio, disminuya, se vuelva tibio. A veces parece eclipsarse, son cristianos cerrados, no piensan en los demás. Pero cuando la vida cristiana pierde de vista el horizonte de la evangelización, el horizonte del anuncio, se enferma: se cierra en sí misma, se vuelve autorreferencial, se atrofia. Sin celo apostólico, la fe se marchita. Sin embargo, la misión es el oxígeno de la

vida cristiana: la tonifica y la purifica. Emprendemos, pues, un camino al descubrimiento de la pasión evangelizadora, empezando por las Escrituras y la enseñanza de la Iglesia, para obtener de las fuentes el celo apostólico. Después nos acercaremos a algunas fuentes vivas, a algunos testimonios que han encendido de nuevo en la Iglesia la pasión por el Evangelio, para que nos ayuden a reavivar el fuego que el Espíritu Santo quiere hacer arder siempre en nosotros. Y hoy quisiera empezar por un episodio evangélico de alguna manera emblemático, lo hemos escuchado: la llamada del apóstol Mateo, y él mismo lo cuenta en su Evangelio, en el pasaje que hemos escuchado (cfr. 9,9-13). Todo empieza por Jesús, el cual «ve» dice el texto «un hombre». Pocos veían a Mateo tal y como era: lo conocían como aquel que estaba «sentado en el despacho de impuestos» (v. 9). De hecho, era un recaudador de impuestos: es decir, uno que recaudaba tributos de parte del imperio romano que ocupaba Palestina. En otras palabras, era un colaboracionista, un traidor del pueblo. Podemos imaginar el desprecio que la gente sentía por él: era un «publicano», así se llamaba. Pero, a los ojos de Jesús, Mateo es un hombre, con sus miserias y su grandeza. Estad atentos a esto: Jesús no se detiene en los adjetivos, Jesús busca siempre el sustantivo. «Este es

un pecador, este es un tal para cual...» son adjetivos: Jesús va a la persona, al corazón, esta es una persona, este es un hombre, esta es una mujer, Jesús va a la sustancia, al sustantivo, nunca al adjetivo, olvida los adjetivos. Y mientras entre Mateo y su gente hay distancia porque ellos veían el adjetivo, «publicano», Jesús se acerca a él, porque todo hombre es amado por Dios; «¿También este desgraciado?». Sí, también este desgraciado, es más, Él ha venido por este desgraciado, lo dice el Evangelio: «Yo he venido por los pecadores, no por los justos». Esta mirada de Jesús que es hermosa, que ve al otro, sea quien sea, como un destinatario de amor, es el inicio de la pasión evangelizadora. Todo parte de esta mirada, que aprendemos de Jesús. Podemos preguntarnos: ¿cómo es nuestra mirada hacia los otros? ¡Cuántas veces vemos los defectos y no las necesidades; cuántas veces etiquetamos a las personas por lo que hacen o lo que piensan! También como cristianos nos decimos: ¿es de los nuestros o no es de los nuestros? Esta no es la mirada de Jesús: Él mira siempre a cada uno con misericordia, es más, con predilección. Y los cristianos están llamados a hacer como Cristo, mirando como Él especialmente a los llamados «alejados». De hecho, el pasaje de la llamada de Mateo se concluye con Jesús que dice: «No he venido a llamar

a justos, sino a pecadores» (v. 13). Y si cada uno de nosotros se siente justo, Jesús está lejos, Él se acerca a nuestros límites y a nuestras miserias, para sanarnos. Por tanto, todo empieza por la mirada de Jesús «Vio a un hombre», Mateo. A esto le sigue segundo paso un movimiento. Primero la mirada, Jesús vio, después el segundo paso, el movimiento. Mateo estaba sentado en el despacho de los impuestos; Jesús le dijo: «Sígueme». Y él «se levantó y le siguió» (v. 9). Notamos que el texto subraya que «se levantó». ¿Por qué es tan importante este detalle? Porque en esa época quien estaba sentado tenía autoridad sobre los otros, que estaban de pie delante de él para escucharlo o, como en ese caso, para pagar el tributo. Quien estaba sentado, en resumen, tenía poder. Lo primero que hace Jesús es separar a Mateo del poder: del estar sentado recibiendo a los otros le pone en movimiento hacia los otros; no recibe, no: va a los otros; le hace dejar una posición de supremacía para ponerlo a la par con los hermanos y abrirle los horizontes del servicio. Esto hace y esto es fundamental para los cristianos: nosotros discípulos de Jesús, nosotros Iglesia, ¿estamos sentados esperando que la gente venga o sabemos levantarnos, ponernos en camino con los otros, buscar a los otros? No es cristiano decir: «Pero que vengan, yo estoy aquí, que vengan». No, ve tú a buscarlos, da tú el primer paso. Una mirada Jesús vio, un movimiento se levanta y tercero, una meta. Después de haberse levantado y haber seguido a Jesús, ¿dónde irá Mateo? Podríamos imaginar que, cambiada la vida de ese hombre, el Maestro lo conduzca hacia nuevos encuentros, nuevas experiencias espirituales. No, o al menos no

enseguida. En primer lugar, Jesús va a su casa; ahí Mateo le prepara «un gran banquete», en el que «había un gran número de publicanos» (Lc 5,29) es decir, gente como él. Mateo vuelve a su ambiente, pero vuelve cambiado y con Jesús. Su celo apostólico no empieza en un lugar nuevo, puro, un lugar ideal, lejano, sino ahí, empieza donde vive, con la gente que conoce. Este es el mensaje para nosotros: no debemos esperar ser perfectos y tener hecho un largo camino detrás de Jesús para testimoniarlo; nuestro anuncio empieza hoy, ahí donde vivimos. Y no empieza tratando de convencer a los otros, convencer no: sino testimoniando cada día la belleza del Amor que nos ha mirado y nos ha levantado y será esta belleza, comunicar esta belleza la que convenga a la gente, no comunicarnos nosotros, sino al mismo Señor. Nosotros somos los que anuncian al Señor, no nos anunciamos a nosotros mismos, ni anunciamos un partido político, una ideología, no: anunciamos a Jesús. Es necesario poner en contacto a Jesús con la gente, sin convencerles, sino dejar que el Señor convenga. Como de hecho nos ha enseñado el Papa Benedicto, «la Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por atracción» (Homilía en la misa inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo de 2007). No olvidéis esto: cuando veáis a cristianos que hacen proselitismo, que te hacen una lista de gente para que vayas... estos no son cristianos, son paganos disfrazados de cristianos, pero el corazón es pagano. La Iglesia crece no por proselitismo, crece por atracción. Una vez recuerdo que en el hospital de Buenos Aires se fueron unas monjas que trabajaban allí porque eran pocas y no podían sacar adelante el hospital y vino una comunidad

de hermanas de Corea y llegaron, pongamos un lunes, por ejemplo, no recuerdo el día. Tomaron posesión de la casa de las hermanas del hospital y el martes bajaron a visitar a los enfermos del hospital, pero no hablaban una palabra de español, solamente hablaban coreano y los enfermos estaban felices, porque comentaban: «Buenas estas monjas, buenas, buenas» - Pero ¿qué te ha dicho la monja? - «Nada, pero con la mirada me ha hablado, han comunicado a Jesús». No comunicarse a sí mismo, sino con la mirada, con los gestos, comunicar a Jesús. Esta es la atracción, lo contrario del proselitismo. Este testimonio atractivo, este testimonio alegre es la meta a la que nos lleva Jesús con su mirada de amor y con el movimiento de salida que su Espíritu suscita en el corazón. Y nosotros podemos pensar si nuestra mirada se parece a la de Jesús para atraer a la gente, para acercar a la Iglesia. Pensemos en esto.

*Delante del icono de la «Virgen del pueblo» venerada en Bielorrusia, el Papa se detuvo en oración silenciosa por la paz. Lo dijo el mismo al finalizar la audiencia saludando a los fieles de lengua italiana y concluyendo después el encuentro con el canto del Pater Noster y la bendición.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Veo que hay colombianos, venezolanos, uruguayos, argentinos, mexicanos, españoles. ¡Cuántas banderas! Pidamos a Dios la valentía de Mateo, para que, también nosotros, al sentir la mirada del Maestro —que nos interpela y nos descubre cómo somos— seamos capaces de alzarnos de nuestra postración y ser sus testigos en nuestra vida cotidiana. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

El discurso del Pontífice a los voluntarios del Servicio misionero juvenil (Sermig)

## Fabricar las «armas» del encuentro del diálogo y de la acogida

Las «armas de la paz» son «el encuentro, el diálogo, la acogida». Lo recordó el Papa Francisco reuniéndose la mañana del sábado 7 de enero, en la Sala Clementina, con unos trescientos voluntarios del Servicio misionero juvenil (Sermig). A continuación el discurso del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Gracias, querido Ernesto, por tu saludo. Y gracias a todos vosotros por haber venido. Saludo también a los miembros del Sermig que no han podido venir y participan en la distancia. Hoy tenemos la ocasión de agradecer juntos al Señor por el Sermig, que es una especie de gran árbol crecido a partir de una pequeña semilla. Así son las realidades de Reino de Dios. El Señor ha lanzado la pequeña semilla en Turín a finales de los años sesenta. Un tiempo muy fecundo, basta pensar en el pontificado de San Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. En esos años germinaron en la Iglesia diferentes experiencias de servicio y de vida comunitaria, a partir del Evangelio. Y ahí donde

ha habido una continuidad, gracias a algunas vocaciones que han recibido respuestas generosas y fieles, estas experiencias se han estructurado y han crecido buscando corresponder a los signos de los tiempos. El Sermig, Servicio Misionero Juvenil, es una de estas. Nació en Turín de un grupo de jóvenes; pero sería mejor decir: de un grupo de jóvenes junto al Señor Jesús. Por otro lado, Él lo dijo claramente a sus discípulos: «separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). De los frutos se ve claramente que en el Sermig no se ha hecho mero activismo, sino que se ha dejado espacio a Él: a Él rezado, a Él adorado, a Él reconocido en los pequeños y en los pobres, a Él acogido en los marginados. Siempre Él, mirándole a Él. En la historia del Sermig hay muchos sucesos, muchos gestos que se pueden leer como pequeños y grandes signos del Evangelio vivo. Pero entre todos estos hay uno que, en este momento histórico, resalta con una fuerza extraordinaria. Me refiero a la transformación del Arsenal Militar de Turín en el «Arse-

nal de la Paz». Esto es un hecho que habla por sí solo. Es un mensaje, lamentablemente dramáticamente actual, que se debe repetir continuamente. También aquí debemos estar atentos a no «salir del camino». El Arsenal de la Paz — como las otras realizaciones del Sermig, y en general todas las obras de las comunidades cristianas — es un signo del Evangelio no tanto por los números que cuantifican la operación. No hay que detenerse en esto. El Arsenal de la Paz es fruto del sueño de Dios, podríamos decir del poder de la Palabra de Dios. Ese poder que sentimos cuando escuchamos la profecía de Isaías: «Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra» (2,4). Este es el sueño de Dios que el Espíritu Santo lleva adelante en la historia a través de su pueblo fiel. Así fue también para vosotros: a través de la fe y la buena voluntad de Ernesto, de su mujer y del primer grupo del Sermig se ha convertido en el sueño de muchos jóvenes. Un sueño que ha movido brazos y

piernas, ha animado proyectos, acciones y se ha concretizado en la conversión de un arsenal de armas en un arsenal de paz. ¿Y qué se «fabrica» en el Arsenal de la Paz? ¿Qué se construye? Se fabrican artesanalmente las armas de la paz, que son el encuentro, el diálogo, la acogida. ¿Y de qué forma se fabrican? A través de la experiencia: en el Arsenal los jóvenes pueden aprender concretamente a encontrar, a dialogar, a acoger. Este es el camino, porque el mundo cambia en la medida en la que nosotros cambiamos. Mientras los señores de la guerra obligan a muchos jóvenes a combatir a sus hermanos y hermanas, hacen falta lugares en los que se pueda experimentar la fraternidad. Esta es la palabra: fraternidad. De hecho, el Sermig se llama «fraternidad de la esperanza». Pero se puede decir también a la inversa, es decir «la esperanza de la fraternidad». El sueño que anima a los corazones de los amigos del Sermig es la esperanza de un mundo fraterno. Es el «sueño» que ha querido relanzar en la Iglesia y en el mundo a través de la Enci-

clica *Fratelli tutti* (cfr n. 8). Vosotros compartís ya este sueño, es más, formáis parte, contribuí a darle carne, darle manos, ojos, piernas, a darle vida. Por esto quiero dar gracias a Dios con vosotros, porque esta es una obra que no se puede hacer sin Dios. Porque la guerra se puede hacer sin Dios, pero la paz se hace solo con Él. Queridos amigos del Sermig, ¡no os canséis nunca de construir el Arsenal de la Paz! Aunque la obra pueda parecer concluida, en realidad se trata de una obra siempre abierta. Esto vosotros lo sabéis bien, y de hecho en estos años habéis dado vida al Arsenal de la Esperanza en San Pablo de Brasil, al Arsenal del Encuentro en Madaba en Jordania, al Arsenal de la Armonía en Pecetto Turinés. Pero todas estas realidades: la paz, la esperanza, el encuentro, la armonía, se construyen solo con el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Es Él que crea la paz, la esperanza, el encuentro, la armonía. Y las obras de construcción van adelante si quien trabaja en ellas se deja trabajar dentro por el Espíritu. Vosotros

me diréis: ¿y quién no cree? ¿y quién no es cristiano? Esto a nosotros nos puede parecer un problema, pero ciertamente no lo es para Dios. Él, su Espíritu, habla al corazón de quien sepa escuchar. Cada hombre y mujer de buena voluntad puede trabajar en los Arsenales de la paz, de la esperanza, del encuentro y de la armonía. Sin embargo, es necesario alguien que tenga el corazón bien enraizado en el Evangelio. Es necesaria una comunidad de fe y de oración que tenga encendido el fuego para todos. Ese fuego que Jesús vino a llevar a la tierra y que ya arde para siempre (cfr Lc 12,49). Y aquí se ve también el sentido de una comunidad de personas que abrazan integralmente la vocación y la misión de la fraternidad y la llevan adelante de forma estable. Queridos hermanos y hermanas, os agradezco mucho este encuentro, y sobre todo vuestro testimonio y vuestro compromiso. ¡Id adelante! La Virgen os custodie y os acompañe. Os bendigo de corazón, y os pido por favor que recéis por mí. Gracias.